

SOCIOLOGIA DE LA SALUD

por LAURENTINO MUÑOZ

Nos apartamos de la opinión que ha reinado en la política higiénica para exponer un concepto que no siendo nuevo se ajusta a la visión objetiva de lo que es la salud, que se ha considerado en el individuo y no en la sociedad, en el enfermo y no en la colectividad.

En efecto, es creencia aceptada en las esferas oficiales y por las personas que intervienen en los negocios públicos, que la salud depende del médico, y esa creencia lleva a los gobiernos a guiarse por una orientación sentimental de atender enfermos y no de evitarlos, de prodigar los servicios asistenciales y no de emprender una obra fundamental de la salud pública, que se sale del campo estrictamente médico para convertirse en asunto gubernamental de alcances incommensurables, problema esencialmente económico que no puede resolver el médico sino el conjunto de medidas políticas y sociales que tienen en el hogar, en la familia bien organizada, el centro mismo de la salvación de un pueblo y de una raza.

La salud es un problema complejo en cuya solución interviene el médico con cierta participación, pero la base de ese estado, imprescindible para el adelanto de una comunidad, es cuestión económica; por esta causa compete a los organismos dirigentes afrontarla desde todos los ángulos de una política prometedora. Comprende la aplicación de principios médicos, económicos, antropológicos, éticos, sociales, estéticos, formalmente vinculados.

De la higiene hemos tenido entre nosotros una creencia restringida y parcial; nos empeñamos en crear centros con múltiples funciones que al fin de cuentas se reducen a la atención de

enfermos; y ahora volvemos a repetir que esa no es la obra de la higiene, de la medicina social, que es tarea de envergadura tendiente a evitar las enfermedades y accidentes, a rehabilitar a los inválidos. No contabilizar cada año más tuberculosos, sifilíticos, parasitados intestinales, leprosos, ni ese otro renglón tétrico y vergonzoso de la mortalidad infantil. La tarea higiénica es una empresa social de ambiciones trascendentales para limitar los desastres del hambre, de la ignorancia, de la desnudez, de la casa impropia para la vida. Estos factores elementales de defensa de la colectividad no los puede mejorar el médico sino una falange de hombres colocados en esta función por el gobierno y las minorías dirigentes.

EL HOGAR

La protección de la salud considerada en sentido real debe radicar esencialmente en el hogar. Si el núcleo familiar y social no cuenta con medios económicos suficientes para proporcionar alimentación, casa, vestido a la familia, no hay medio posible de salvación de sus miembros porque la miseria es la fuente de la enfermedad. Si la mujer tiene que convertirse en obrera o en empleada para subvenir a las necesidades del hogar, tendremos en este hecho ya la explicación del problema patológico de una comunidad. Es la miseria en su más expresiva significación. Veamos un ejemplo: mientras la madre no esté dedicada al cuidado del hijo, que comprende especialmente la alimentación con su propia leche, lo que no puede cumplir si tiene que trabajar para suplir la insolvencia del padre de familia, la mortalidad infantil no disminuye. La defensa de la población infantil a base de alimentación artificial, es uno de los mayores absurdos de los programas oficiales. Un niño de una familia acomodada privado de la alimentación materna y de los cuidados de la madre, como caso individual, es claro que se desarrolla normalmente porque no le faltan atenciones. Pero la alimentación artificial como programa oficial de protección infantil, ha demostrado y seguirá demostrando que es un grotesco engaño de la medicina social.

Tenemos que situar la salud pública en su verdadero campo y por eso la hemos de considerar como el resultado de varios factores que nos empeñaremos en explicar.

Aunque sea una verdad conocida en la economía política, decimos que el trabajo individual concebido en un sentido de asociación o de colectivismo, es el fundamento para la prosperidad de un pueblo, y así es obligación del gobierno proporcionar trabajo y preparar para el trabajo a todos los hombres de una comunidad.

Este es el primer colosal obstáculo que aparece entre nosotros para resolver los problemas sociales, entre los cuales el más apremiante es el de la impotencia del hombre para el trabajo, porque el individuo que no tenga capital, y en este caso se encuentra la gran masa popular, o que no disponga de influencias para encontrar ocupación como empleado y hasta como obrero, que es ya un indicio de flaqueza productiva, está condenado a vivir en la miseria aunque la Constitución determine que el trabajo es una obligación social; es necesario considerar que los medios de trabajo, de ocupación, de producción, se encuentran localizados en un reducido número de privilegiados que no influyen en el adelanto de nuestro país. El decir aquí es que todo el que quiere trabajar lo puede hacer, pero la realidad es otra; hay grandes masas de desocupados obligados, forzosos. Nadie sabe aquí quién trabaja y quién es un parásito, oficialmente; que en las familias sí lo sabe el elemento productor mártir que sostiene, agotándose, a los restantes miembros parasitarios. La gran masa perezosa e inactiva, enferma y desadaptada, viciosa e ignorante, es el lastre de nuestra economía, que no produce ni siquiera para medio alimentarse. Por eso tenemos que introducir trigo, azúcar, harinas y otros muchos artículos alimenticios que no sólo debíamos producir para el consumo interno, sino que debían ser una fuente de riqueza nacional y de equilibrio de la balanza comercial o de intercambio con otros países.

Si del obrero hablamos o lo contemplamos en su trágica situación, lo veremos sumido en la degradación por el vicio alcohólico o por el desbordamiento de la promiscuidad sexual, que agota en la sombra tétrica de las pasiones desbordadas la energía de las células inundadas de alcohol y doblegadas por los excesos. Es que falta la educación verdadera aunque abunde en algunos lugares la mera escuela instruccionalista. Es que falta la escuela del trabajo, del deber y del carácter para todas las clases sociales de Colombia.

No desconocemos, de ninguna manera desconocemos, que de 1934 en adelante el gobierno viene invirtiendo sumas apreciables en la higiene. Sabemos que el público va entendiendo que se realiza una tarea de protección de la salud, pero estamos lejos de una verdadera política de salvación racial de la nacionalidad. La revolución a que asistimos en el mundo que viene de atrás, pues hasta los niños saben del grito de libertad, igualdad, fraternidad, le está diciendo al pueblo que tiene derecho a comer, a vestir, a casa con aire, con luz, con agua, con excusado, con granja, con mesa limpia (que no ha de seguir comiendo en platos de barro o de madera), que tiene derecho a que los gobiernos le proporcionen educación con finalidades prácticas que se concretan en una sola: trabajo para todos, capacidad de producción para todos, aptitud de lucha y de redención. No predicamos el trabajo como privilegio de unos pocos sino el trabajo como obligación para todos, como meta social, como derrotero eliminador de injusticias, de aberraciones, de miseria: es el programa de la política de hoy, debe ser el fondo constitucional de un país.

Por eso repetimos: queremos no una higiene funcional sino una higiene orgánica, que quiere decir economía y trabajo, que coloque al hombre en condiciones de atender a sus necesidades y de no vivir reclamando la protección del Estado para que le suministre casa, alimento, vestido, médico y drogas como enfermo. No queremos enfermos sino sanos. Un país agobiado por los enfermos y solicitado apremiantemente por multitudes famélicas no tendrá un elemento vigoroso, productor, orgulloso de su tierra, capaz de progreso.

Ni qué progreso puede planearse cuando la mayoría de los colombianos duermen sobre la húmeda tierra inclemente, entre la basura y los animales, viven descalzos y no comen carne ni leche, ni huevos, bases de la alimentación. Aquí tenemos demostrado el fenómeno económico de nuestro país. Y ahora que nos digan si el médico a quien se ha encomendado la salud pública está en condiciones de salvar nuestra nacionalidad cuando el medio ambiente le es adverso y se confabula para anular su consagración.

EL MEDIO Y LA SALUD

Si la casa es antihigiénica, si el suelo está inundado de parásitos y microbios, si la familia no se alimenta suficientemente,

si el vicio se encarga de degradar el organismo, la medicina social naufraga en un mar de circunstancias enemigas y se doblega vencida y avergonzada ante la imposibilidad de trabajar contra hechos naturales y artificiales de oposición y de desastre. Si al médico no lo acompaña el ingeniero, el arquitecto, el agrónomo, el veterinario, el maestro de escuela, el político, la obra de ese médico sucumbe en un ajeteo agotador y estéril. Vemos así que la protección social de la salud se extiende a todas las actividades directoras de la colectividad y que una sola actividad encalla contra los obstáculos de la naturaleza, de la tierra que se ofrece para que la posean y la dominen, la cultiven y la fecunden, pero que esa tierra, si no se somete completamente por la mano y el cerebro del hombre, se vuelve contra el mismo hombre que la habita, lo anula y acaba por eliminarlo, porque así como la tierra ofrece los medios de vida también alberga los elementos de la muerte. No hay tierra estéril para la planta humana, hay solamente tierra indominada y no acomodada a los seres racionales.

CLIMA Y SALUD

El hombre educado, con vigor orgánico y con planes de prosperidad, domina el medio en donde vive y es todopoderoso, utiliza los elementos de la tierra venciendo sus adversidades; de ahí que el hombre impotente sea la consecuencia de su propia personalidad inadecuada, incapaz de someterla a la naturaleza.

El concepto del mal clima es un concepto de ignorancia, antigua creencia de pueblos que no podían analizar los factores climáticos, del ambiente, del cosmos. Se sabe que el clima llamado palúdico es solamente la expresión geográfica del suelo inundado por mosquitos, que no recibe los beneficios de la ingeniería sanitaria. Si se eliminan los criaderos de anofeles, desaparece el paludismo, como ha sucedido en varios países del mundo. Sanear el terreno significa terminar con la leyenda del mal clima. Luego si nuestros obreros y clases desvalidas de los climas cálidos son carne de los mosquitos, del vicio, de la subalimentación, de la vida a la intemperie porque no tienen casa, entonces son palúdicos, anémicos, desnutridos, flacos, y con esa apariencia enferma que la gente ignorante de las clases altas y dirigentes sigue creyendo que es producto del clima.

ALIMENTACION

Las encuestas del costo de la vida obrera verificadas en Bogotá en 1936; en Medellín en 1938; en Moniquirá (campesinos), en 1936 y en Honda en mayo y junio de 1945 por la Contraloría General de la República, demuestran claramente que el pueblo colombiano soporta una desnutrición incompatible con la lucha y con el trabajo, desnutrición que somete al hombre a una inactividad denigrante y a una impotencia biológica que explica la improductividad del trabajo y de este suelo fecundo que ofrece todos los climas para el progreso del hombre. La alimentación es insuficiente en los principios esenciales como son los prótidos y los lípidos y apenas es medio sostenida en vaivén de miseria, en glúcidos (azúcares y almidones). Pero ya sabemos también que el pueblo en lugar de comer panela la transforma por intermedio de las rentas departamentales en aguardiente y chicha. La campaña nutricional tropieza con el insuperable obstáculo de la falta de materia prima alimenticia en la masa popular. En el informe a la Sociedad de Agricultores en enero de 1942, el presidente de esa corporación, Alfonso López, descubrió que el colombiano gasta \$ 45 al año en alimentación. El fomento de la agricultura es la única salvación del pueblo, allí está el centro de las actividades para detenerlo en su catástrofe biológica y social.

HABITACION

El censo de edificios verificado junto con el censo de población el 5 de julio de 1938, arrojó un total de edificios de 1.610.036, de los cuales había sin servicio de agua potable, letrina, luz y ventilación suficientes, 1.344.664. De estos edificios estaban destinados a casa de habitación 1.454.349. De esta cifra corresponden a las cabeceras de los municipios 379.635, a los corregimientos 19.917, y a otros caseríos 1.054.797. Los cálculos de la Contraloría General de la República dan un promedio de 5.4 habitantes por casa. De modo que el problema de la habitación colombiana incluye a 7.261.185 compatriotas que se albergan en viviendas sin agua, luz y servicios sanitarios. Es hecho conocido que los colombianos de las poblaciones y de los campos, y esto corrobora los datos anteriores, duermen sobre la tierra desnuda, que forma el suelo de sus casas, y ya puede imaginarse la clase de habitación de un hombre que tiene por cama la simple tierra.

Veamos ahora otro aspecto de la cuestión: las ciudades de

Colombia siguen un desarrollo monstruoso, desordenado, sin planeamiento, a donde concurren y se amontonan los colombianos que creen intensamente que en ellas conseguirán trabajo, facilidades de educación para los hijos, distracciones, vida civilizada. Pero esas ciudades como Bogotá, Medellín, Barranquilla, Bucaramanga, no tienen agua potable en la cantidad requerida para la población ni habitaciones ni alcantarillados completos, ni transportes ni combustibles. La población se agrupa inhumanamente en pasajes que son el semillero de la tuberculosis. Ya veremos que en pocos años la tuberculosis florecerá en el terreno abonado de la población urbana de las ciudades de Colombia y que éstas tendrán que suspender su crecimiento morbo y petulante de hoy.

ALCOHOLISMO

La renta primordial de los departamentos sigue creciendo a costa del pueblo con los licores oficiales. Si repetimos estos lugares comunes es porque tenemos razón. La renta alcohólica y de tabaco, para no citar sino los últimos años, se discrimina así, en su ascensión antisocial:

	1939—40	1940—41	1941—42	1942—43	1943—44
<i>Licores:</i>	28.653.468	22.349.337	24.413.308	33.560.226	36.687.878
<i>Tabaco:</i>	14.499.010	14.707.965	16.052.929	18.329.827	20.172.903
<i>Renta total:</i>	41.358.027	41.229.683	45.023.142	52.348.967	62.066.447

Los gobernantes y las minorías dirigentes se empeñan en enfermar al hombre con el alcohol y en proporcionar con este tóxico los otros medios de relajación de la personalidad, pues junto con el vicio viene la descomposición de la familia, el incumplimiento de los varones en sus obligaciones elementales. De nada sirven los aumentos de salario ni las socorridas prestaciones sociales si el Estado continúa sacrificando la estabilidad familiar y los vínculos de las buenas costumbres, ofreciendo el alcohol a rodo para poder sostener los servicios públicos.

PRESENCIA CRECIENTE DE LAS ENFERMEDADES

En el análisis responsable de la sociología de un pueblo, debemos respaldar las observaciones con las estadísticas y ellas nos dicen que cada año en Colombia aumenta el número de tuberculosos, palúdicos, sifilíticos, pianosos, parasitados intestinales. La

mortalidad infantil (menores de un año) nos grita que no hemos avanzado en la protección de la salud porque murieron 48.722 niños en 1941, 48.514 en 1942, 49.692 en 1943, 49.479 en 1944. No disculpan estas cifras el aumento de la natalidad; además, sabemos que la muerte de muchos niños no es registrada ni oficial ni eclesiásticamente. En cambio la fiebra amarilla y viruela están casi eliminadas como resultado de la organización técnica de las campañas.

DEDUCCIONES Y PLANES

Los hechos nos demuestran que la política de higiene no debe desarrollarla exclusivamente el médico sino que es colosal obra de conjunto a la cual deben confluir todos los factores sociales que se reúnen en el fomento de la economía, en el impulso al trabajo del hombre. Que sin casa higiénica, alimentación suficiente, lucha contra el vicio, saneamiento del suelo, distribución de los salarios para el sostenimiento del hogar, no puede transformarse la vida de los colombianos. Luego debe pensarse en que la tarea asistencial del médico no es suficiente para salvar la salud pública. Si el hombre no produce no está en condiciones de vivir saludablemente. Y la producción económica es función que corresponde dirigir al Estado utilizando todas las fuerzas potenciales del país. La tarea descomunal del médico sometido a restaurar multitudes enfermas, hambreadas, pobres, está des-acreditando la función social de la medicina.

La salud pública, la fortaleza del capital humano, se asienta sobre este trinomio: *trabajo, educación, higiene*.